

TRIÁNGULO

KRISHNA BALDEV VAID

Introducción de
KAILASH VAJPEI

Traducción del hindi por
MARTA ARCIPRETE y JORGE GALEANO
El Colegio de México

LA SENSIBILIDAD moderna en la literatura escrita en hindi surge durante la década de los cuarenta, cuando los valores tradicionales son gradualmente sustituidos por una nueva visión del mundo. Esta década fue también un período de crisis en el que se cambió el antiguo orden y surgieron innovaciones en todos los planos de la vida. Por primera vez un grupo de poetas sintió la necesidad de cambiar las costumbres y las normas éticas corruptas. La situación se tornó todavía más compleja debido a la existencia de por lo menos tres grupos con diferentes convicciones. Entre los novelistas había freudianos, gandistas y marxistas y entre los poetas, progresistas y experimentalistas. Sin embargo, la situación se hizo más clara durante la década de los cincuenta. Para ese entonces ya se habían superado las normas que estaban en conflicto durante el período de transición; y la sensibilidad moderna ya no era motivo de inquietud. Novelistas y poetas llegaron a ser aceptados en sus aventuras literarias. En el campo del cuento, el movimiento comenzó sólo a mediados de la década de los cuarenta cuando algunos escritores como Mohan Rakesh, Nirmal Verma, Kamleshwar y otros desarrollaron un nuevo lenguaje para el relato. Kamleshwar expresó la necesidad de cambiar la forma narrativa tradicional. La imagen del héroe se desplazó gradualmente del personaje *tipo* al hombre común. Alrededor de 1960, el movimiento del Cuento Nuevo estaba más o menos establecido en idioma hindi.

Krishna Baldev Vaid, el autor del cuento que reproducimos, causó sorpresa en ese campo, cuando en 1963 apareció su primera colección titulada *Bīc ka Darvāzā* (La puerta del medio): Al reseñar dicho libro para la revista literaria *Kalpana* en 1964, me di cuenta que Vaid era una voz extraña para el lector tradicional. Vaid introducía ciertos personajes que representaban la mentalidad de una sociedad altamente industrializada. El lenguaje de sus cuentos era también totalmente diferente del de los otros escritores de la época. Había tal sentimiento de marginalidad y desesperanza en estos relatos que entonces di la bienvenida a esa colección, ya que era una ruptura importante en el campo del cuento en hindi. Aunque Vaid ya había publicado una novela en hindi titulada *Us ka Bacpan* (Su infancia) en 1957 y una novela en inglés llamada *Steps in Darkness* (Pasos en la oscuridad) en 1962, *Bīc ka Darvāzā* fue su primer intento como escritor de cuentos.

Vaid produjo doce volúmenes de novelas y cuentos en hindi y en inglés. Nació a fines de los veinte en el Punjab y obtuvo un doctorado en literatura inglesa. Durante algún tiempo enseñó en la Universidad de Chandigarh y luego se trasladó a Delhi. Desalentado por la corrupción que encontró en la Universidad de Delhi decidió abandonar la India y se estableció en los Estados Unidos. Actualmente enseña literatura inglesa y escribe tanto en hindi como en inglés. Su tesis doctoral sobre *Los cuentos de Henry James* ha sido publicada por la Universidad de Harvard. Algunos de sus trabajos más importantes son: *Dūsre Kināre Se* (Desde el otro rincón), *Bimal in Bog* (Bimal en el pantano), *Merā Dushman* (Mi enemigo), *Lāpatā* (Perdido), *Silence and Other Stories* (El silencio y otros cuentos), *No more Moaning* (No más gemidos) y *Bīc Ka Darvāzā* (La Puerta del Medio). También tradujo al hindi con igual precisión y agudeza de lenguaje las obras *Waiting for Godot* y *End Game* de Samuel Beckett.

Vivir en un país extranjero y escribir acerca del propio pueblo es una tarea riesgosa y difícil, especialmente cuando

riendo o se hubiera ruborizado, o peor aún, que me estuviera mirando profundamente. No quise comprobar mis temores. Sólo sentía la vibración de mi cuerpo y el calor de mi miedo.

Era la esposa de un amigo muy querido. Bonita, tanto como puede serlo la esposa de un buen amigo. Solía encontrarme con ellos cada tres o cuatro días. Varias veces tuvimos la oportunidad de estar a solas y muchas otras paseamos por los alrededores. Antes de ese día ya la había deseado, ¿qué mujer no despierta algún deseo? El cuerpo de uno se agita a veces hasta por su propia mujer. Tampoco se trata de que mi mujer sea fea o demasiado doméstica, de que tenga mal carácter o las debilidades que toda mujer posee. De que estando interiormente insatisfecho por sus defectos, hubiera lanzado tan gastada y enorme mentira a la esposa de mi amigo. De cualquier modo, las palabras habían brotado de mi boca, mi cuerpo vibraba y sintiendo el calor del miedo, esperaba su respuesta.

—¿Durante años? —preguntó ella.

Ahora no recuerdo el tono de su voz.

—Sí, desde hace cinco años —lo dije como si hubiera llevado la cuenta día a día.

Debo haberla visto por primera vez cinco años atrás, quizá cuando se acababa de casar y pasó a ser nuestra amiga.

Hubiera sido difícil para mí contestar a otra pregunta con la misma seguridad. Mis ojos se desprendieron de sus pies y se detuvieron en sus manos. Esas manos que me estaban mirando y palidecían.

Si ante su pregunta hubiera permanecido en silencio, todo hubiese terminado allí. Si en respuesta a mi respuesta ella hubiera sonreído, yo me hubiese echado atrás. Si en ese momento hubiera aparecido su marido o mi mujer, me hubiese quedado callado y mi miedo hubiera cambiado de dirección. Quizá habría sonreído avergonzado si ella hubiera demolido mi mentira diciendo: —No digas tonterías —habría podido decirle que no se enojara, que sólo era un juego, que la estaba probando. En ese momento era ella y no yo quien estaba

siendo sometido a prueba. Tampoco quiere decir que antes no hubiera hecho tales bromas o que sólo las hiciera en presencia de su esposo o de mi mujer. Es difícil decir por qué, pero hasta ese entonces nunca la había deseado tan intensamente. A pesar de que estaba preparando la cena y su traje era casero y sencillo. No es que yo tuviera un antiguo deseo reprimido por las mujeres sencillas, en ropa de casa y ocupadas en la cocina. En realidad ella no era del tipo doméstico. De esto no se debe concluir que prefiero a las mujeres complicadas —sería un error.

No sé cuál fue la razón, pero a la par que le anunciaba haberla deseado durante cinco años, me acerqué tranquilamente, dándole tiempo de gritar o retroceder, y le rodeé el cuerpo con mis brazos. Ella no se resistió, pero el abrazo fue sólo mío. Ignorando su frialdad, puse mis labios entre los suyos y empecé a abrirlos. Cerré los ojos. Sentí que su cuerpo rígido se iba aflojando y mi tensión aumentó. Si por error no hubiera abierto los ojos, no hubiese visto el brillo de duda y desconfianza que se reflejaba en los suyos. No me hubiese enojado, ni deseado quebrar ese reflejo, acabar con toda esa situación.

Hubiera querido decir en voz alta que he mentado, que no deseo a nadie ni quiero estar inquieto por nadie, que ni esa tontería ni ninguna otra tiene sentido, que en realidad toda verdad es mentira y toda mentira hasta cierto punto verdad. Quién sabe cuántas estupideces más hubiese querido decir.

Pero mi cuerpo ardía y mi enojo se consumía en ese fuego hasta convertirse en cenizas. No sé la razón, pero en ese momento cerró los ojos y me entregó los labios. De su cabello salía una fragancia de pasto seco y esto me recordó que era la esposa de un amigo y que él podía entrar en cualquier instante. Sentí mucho miedo y la abracé con fuerza.

Los reflejos de sus ojos se habían desvanecido. De su boca salían sonidos hambrientos y secos. Mi mentira y mi timidez desaparecieron. Nuestros cuerpos se fundieron. Ella

podía haber sido cualquier mujer y yo cualquier hombre. Podía haber entrado no importa quién o pasado cualquier cosa —nuestros cuerpos se rebelaron.

La rebeldía del cuerpo no es para mí. Quizá sólo los hombres puedan pensar en tal cosa. Intuyo que si no lo hubiera alentado, no hubiese tenido el valor de mentirme ni de pensar que esa noche tendría éxito conmigo. Esto no quiere decir que, desde hace tiempo, haya estado acariciando deseos o que me hubiera apiadado de él. Sólo sé que si en lugar de alegre y juguetón hubiera sido un hombre agresivo y seguro de sí, me hubiera excitado a la primera insinuación. No es que me disgusten los hombres juguetones. Mi propio marido es bastante jovial y no tengo de él ninguna queja en particular. No me refiero sólo a la satisfacción física. Mi cuerpo está satisfecho, pero ahora, quizá esto no tenga tanta importancia. Se ha convertido en un hábito. Aunque no ha dejado de interesarme. No sé lo que quiero decir. Tal vez que sabía que él estaba mintiendo y aún así me mostré sorprendida y actué como si creyera en sus palabras. Tenía control sobre mi cuerpo, quizá por eso logré engañarlo. Probablemente creyó que su obvia mentira, su ardiente tensión me habían excitado. La verdad es que casi todo el tiempo estuve pensando en mi marido. Él confía en mí, quizá yo también en él. En broma es otra cosa. En broma mi marido duda de cada uno de sus amigos. Quizá por complacerme. O tal vez porque ahora no podemos hablar de otro tema.

No me quejo de la monotonía de nuestras relaciones. Todas se vuelven monótonas con el tiempo. Esto no quiere decir que cuando cerré los ojos estuviera viendo a mi esposo en su lugar o que estuviera comparándolos. Tenía los ojos cerrados, pero no pude olvidar que era amigo de mi marido, que tenía una esposa, que si bien no era mi amiga tampoco era mi enemiga, que si mi marido llegaba y nos sorprendía, se sentiría muy herido. Toda mujer reprime el deseo de herir alguna vez a su esposo. No es necesario tener una queja en especial o sentir atracción por otro hombre. No tengo

quejas de mi marido ni siento apego por su amigo. Hasta esta tarde ni siquiera había soñado con él. Paso la mayor parte del tiempo tejiendo y esto es bueno. Recién cuando estuve entre sus brazos sentí claramente el desco de ofender a mi marido. Con los ojos cerrados me imaginaba espiada y el miedo aumentaba la excitación de mi cuerpo. Me gustó ser desvestida, de mi boca salían gemidos y yo en la espera de que mi marido regresara en cualquier momento. De sólo pensar en esto podría haber perdido el control. Deseaba verlo petrificado al encontrarme así. Su sorpresa convirtiéndose en enojo... ¿con qué palabras y reacciones explotaría su ira? Me preguntaba si todo acabaría en risas o lágrimas. También pensaba en lo que seguiría, ¿durante cuántos días y cuántas veces me interrogaría?, ¿qué respondería en cada ocasión? Si quedara embarazada, ¿cuál sería su actitud?, ¿tendría el valor de contarle al niño toda la verdad antes de morirme?

En este corto tiempo me fui muy lejos con el pensamiento. Mi cuerpo ávido y ardiente sólo podía hallar la paz en la culminación. Me vino a la memoria una anécdota que le escuché a mi marido. Un hombre había encontrado a su mujer con otro, en pleno orgasmo se decían: "¡Ven... ven... ven!" Se quedó pasmado viendo y oyendo todo. Cuando la pareja se separó, tomó un florero y lo estrelló contra el suelo. Al salir del cuarto, oyó la risa de su mujer.

Estaba pensando y repensando esto cuando lo deseé por segunda vez. En ese momento dijo: "Escucha, debemos levantarnos y recobrar la compostura". Me causó risa.

La rebelión del cuerpo no es para mí.

Se puede decir que soy una anormal, que en el fondo estoy insatisfecha de mi marido, que si no tengo ninguna queja de él, está mal lo que hice. Se puede decir cualquier cosa. No quiero dar explicaciones. Tan sólo sé que lo sucedido esta tarde me produjo placer y no disgusto. No tengo ningún sentimiento de culpa. Lo que pasó, pasó; mi marido no sabe nada; en cualquier momento puedo inquietarlo insinuándoselo; no se lo diré nunca, entonces lo que pasó esta

tarde podrá repetirse con cualquier otro —pensando en esto recobré la confianza y me sentí muy bien. En mis labios aflovió una sonrisa exclusivamente mía, que mi marido nunca vio ni podrá ver. Soy feliz.

Yo también soy feliz, en mi lugar y a mi manera. No por mi generosidad, tampoco por mi astucia ni porque yo mismo sea infiel. Tal vez porque pensando en las reacciones que me provocó este asunto, encuentro consuelo en esto de ser diferente. Encuentro satisfacción al tomar conciencia de esta diferencia. Quizá soy feliz para preservar mi autoestima; quizá sólo mentalmente me estoy liberando de la infelicidad; quizá la infelicidad ya me alcanzó y por eso soy feliz. Tal vez porque no reprimo mi tristeza tengo la sensación de ser feliz; quizá soy feliz por lo irrefutable de mis razones; quizá soy feliz por mi mentalidad enfermiza. Es posible que en mi interior desee arrojarles alguna vez a la cara que lo sé todo, que lo vi todo, que para mí nada cambió, que estoy por encima de ellos, que aún ahora los quiero de la misma forma, que no puedo atarme a prejuicios, que he aceptado todo y que esto para mí no tiene sentido. Pero nunca me atreveré a decir nada, ni a ellos ni a nadie. Al hablar, de alguna manera todo cambia. Al insistir, las cosas se hacen vulgares, corrientes. No, yo no quiero hablar. Soy feliz porque esa tarde, al regresar, cuando los vi entrelazados, me causó risa y no enojo o vergüenza. Después de observarlos algunos instantes me retiré con cautela. Lo que vi permanecerá grabado en mi memoria. No se trata de una herida cualquiera. Justamente por eso permanecerá en mi corazón. Como varias otras imágenes que puedo recordar cuando quiero. No es que el removerlas provoque algún dolor. Al contrario, en mi mente se encuentran en silencio. Lo que quiero decir es que a pesar de haberlos visto no llegué al asombro. Cualquiera que haya sido mi sentimiento, bueno o malo, no sabrán mi reacción. Nunca les daré la oportunidad de sentirse avergonzados. No porque no quiera herirlos, sino porque estoy más allá de los patrones con que ellos, especialmente mi mujer, pretenden medirme. Soy feliz por-

que al menos ante mis ojos he salido ileso de lo que llaman "la dura prueba". Feliz de ser tan desapegado de lo mundano. Feliz aunque jamás tendré el valor de hacérselos comprender. No es cuestión de cobardía, tal vez sea de orgullo. Por lo general, no necesito orgullo sino autoestima para ser feliz.